

Camina el peatón tranquilamente y topa, en las cercanías de un centro de enseñanza, con un hermoso contenedor de basuras rodeado de un suelo multicolor: envoltorios de todo tipo y decenas (o cientos, vaya usted a saber) de esos bricks, creo que les llaman, de zumos que alimentan a los mozos. Es realmente curioso. ¿Cuál se supone que es la función principal del contenedor? Tal vez servir de centro geográfico a una zona en la que conviene depositar las basuras para configurar un mosaico pop. Toda una performance, como se dice ahora. Por otras partes de la localidad sobrevuelan, libérrimos, papeles y folletos de todo tipo, mecidos por el aire. Y el suelo es también, no lo duden, un excelente depósito para las deposiciones de los perros, bichos cariñosos y, si hacen caso a una diputada de Ciudadanos (seguramente hasta las cejas de dibujos animados de Walt Disney), tan personas como nosotros.

Oigan, ¿es esto malo? Ca, hombre, qué va a serlo. La culpa de la suciedad, si es que alguien la tiene, ya lo sabemos, es de las autoridades. El ciudadano no tira un papel, ni vacía el cenicero del coche en el asfalto por ensuciar, sino en uso de su libertad y para que tengan de qué vivir los empleados del servicio de limpieza. ¿Y cómo van a poner coto a una función fisiológica imprescindible en eso que ahora llaman mascotas? Nosotros no somos responsables de nada. Además, no tenemos que ser cenizos. Fijense, el muy acreditado y dickensiano señor Pickwick decía que las basuras en las calles podían ser consideradas como indicadores del tráfico y de la prosperidad comercial. Pues eso, las cacas son señales del amor por los animales, a los que se mimaba y se saca de paseo. Los envoltorios, signos inequívocos de que hay un sistema público de enseñanza que forma a cientos de jóvenes. De modo que no seamos pejiugeras.

Cambio de tercio. En un juzgado cacereño condenan a antiguos regidores por no haber impedido los ruidos procedentes de algunos establecimientos, que hacían la vida imposible a los vecinos. Pues vaya exageración; así, dicen algunos, no va a haber nadie en su sano juicio que quiera ser concejal o alcalde.

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

¿CONDUCTAS OXIDANTES?

«Por todas partes de la localidad sobrevuelan, libérrimos, papeles y folletos de todo tipo mecidos por el aire. Y el suelo es también, no lo duden, un excelente depósito para las deposiciones de los perros»



«El contenedor es el centro geográfico de una zona en la que conviene depositar la basura. ::HOY»

Además, el ruido es una señal de identidad nacional, no vamos a cambiar esto en cuatro días. Ya lo decía Azorín en su Castilla: «¿Cómo tienen sus nervios de dueros y remisos estos buenos espa-

ñoles que en sus casas de las ciudades y en los hoteles toleran las más estrepitosas baratúndas, los más agrios y molestos ruidos: gritos de vendedores, estrepitos de carros cargados de hierro, charlo-

teo de porteros, pianos, campanas, martillos, fonógrafos.» Pues ya lo ven, esto lo escribía el maestro en los primeros años del pasado siglo... A cuento de qué vamos a dejar de ser españoles: si somos rui-

dosos de nativitate, pues lo somos, y estamos orgullosos de nuestra españolidad. Dejémonos de monsergas, que ya tenemos bastante con los separatistas.

¿Y no es divertido que algunos ciclistas pedaleen ignorando las direcciones prohibidas en determinadas calles? En la mía, a diario, varios. Y en una ocasión uno de ellos, que además circulaba por la acera, estubo a punto de arrollarme cuando salía de casa. Pero hombre, criticar esto es de fachas que van contra el ciclista que ama el mediambiente y disfruta de un vehículo que no contamina. ¿Cómo vamos a coartar la sensación de libertad de quien sobre las dos ruedas se siente como un moderno y ecológico jinete?

Otro síntoma de absoluta modernidad es que los mozalbetes tuteen a sus profesores, aunque acumulen trienios a espuestas. Así aprenden a hacerlo con los médicos, con los dependientes, con los albañiles, con los ancianos, con todo el que se pone por delante. Eso es progreso, y el usted, ya lo decía hace décadas Dámaso Alonso, ha muerto. Que eso de guardar las distancias es de carcas, nos ha fastidiado.

Pues eso, que no exageremos. Las cosas son como son y ya está. No vengamos ahora con monsergas sobre la urbanidad, ni sobre conductas que oxidan la convivencia ni con otras antiguallas. Todo es tolerable menos emplear el lenguaje políticamente incorrecto, menos salirse de los dictados del progreso imperante. No se me ocurrirá, por lo tanto, hablar aquí del correlato entre derechos y deberes. Ni, por supuesto, del civismo como señal de identidad de las sociedades avanzadas. No citaré tampoco a don Gregorio Marañón, que hablaba de la hipertrofía de derechos. Nada, ya saben, "prohibido prohibir", que este año se cumplen 50 años del mayo del 68 y tenemos que ser imaginativos y transgresores (aunque algún líder de aquellos revolucionarios ahora esté bien acomodado y soldado en el muy burgués Parlamento europeo).

En fin, para qué darles más la tabarra. Me callo siguiendo la muy acertada orden de San Pablo: "No salga de vuestras bocas palabra dañosa". No me meteré con nada ni con nadie, que es pecado, y alguien podría traumatizarse. Amén.

«El ciudadano no tira un papel ni vacía el cenicero del coche en el asfalto por ensuciar, sino para que tengan de qué vivir los empleados de la limpieza»

«¿No es divertido que algunos ciclistas pedaleen ignorando las direcciones prohibidas en determinadas calles? En la mía, a diario, varios»

«Las cosas son como son. No vengamos ahora con monsergas sobre la urbanidad, ni sobre conductas que oxidan la convivencia, ni otras antiguallas»